

REFLEXIONES PARA EL SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA ~ 16 de abril de 2023

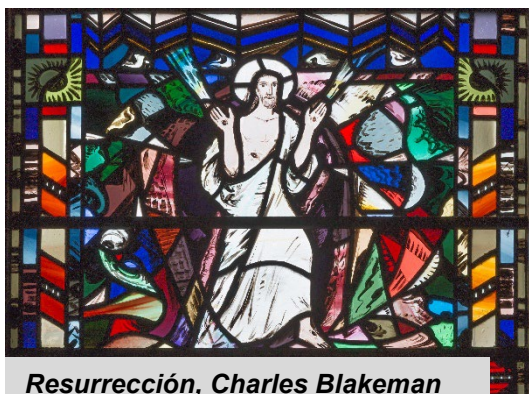
El Monte ~ La Residencia en Littledale

"Este es el día que ha hecho el Señor; alegrémonos y regocijémonos en él" - el Salmo 118 de hoy dice tan sucintamente y tan reflexivamente que cada día es un regalo, regalo de nuestro Dios creador, regalo por el que damos gracias. Esto es especialmente cierto en estos días santos de Pascua. Es verdaderamente "maravilloso a nuestros ojos" (Sal 118,23).

Este domingo se celebra el octavo día después del Domingo de Resurrección. El pastor luterano Gordon W. Lathrop nos dice que el octavo día no es un momento fortuito: "Los cristianos se han reunido 'ocho días después' (Juan 20:26) a lo largo de los siglos. Ese encuentro siempre ha significado para ellos el encuentro con el resucitado y, por tanto, con el fin de la muerte y de los interminables ciclos de pérdida. Encontrarse con Cristo resucitado es encontrarse con el espíritu y la misericordia de Dios, cosas que han sido prometidas para el último día, cuando la morada de Dios esté con la humanidad y las lágrimas sean enjugadas. Los cristianos creen que la reunión del octavo día es ya el amanecer de ese día. El octavo día es el comienzo de una nueva creación".

En un momento de nueva conciencia para mí, leí recientemente las palabras de Richard Rohr que hablan de la conexión entre creación y resurrección:

La resurrección es un modelo de creación que siempre ha sido cierto. La resurrección



Resurrección, Charles Blakeman

y la renovación son, de hecho, el patrón universal y observable de todo. También podríamos utilizar términos no religiosos como "primavera", "regeneración", "curación", "perdón", "ciclos vitales", "oscuridad" y "luz". Si la encarnación es real, y el Espíritu ha habitado la materia desde el principio, entonces cabe esperar plenamente la resurrección en formas multitudinarias. No debe sorprendernos que la palabra que traducimos del griego como Cristo provenga de la palabra hebrea mashiach, que significa "el ungido", o Mesías. ¡Jesús el Cristo revela que todo es ungido! La resurrección no es más que la encarnación llevada

a su conclusión lógica.

"La resurrección no es más que la encarnación llevada a su conclusión lógica". La encarnación, primero en la creación del cosmos y después en la venida de Jesús el Cristo, lleva consigo la riqueza de los seres creados y la herida de los seres creados. En su aparición a los temerosos discípulos en el Cenáculo, Jesús se da a conocer mostrándoles las manos y el costado (Jn 20,20). Antes y después de hacerlo, pronuncia las mismas palabras tranquilizadoras, consoladoras y llenas de esperanza: "La paz esté con vosotros" (Jn 20,19.21). ¿La paz viene de saber que su amado Jesús es ahora el Resucitado? ¿La paz viene de saber que su amado Jesús sigue compartiendo su dolor y sufrimiento, sigue comprendiendo su herida, sigue mostrando que en su herida está su esperanza? Recordamos las palabras garabateadas en un trozo de papel y sacadas de contrabando de la celda de Dietrich Bonhoeffer poco antes de su muerte: "Sólo un Dios sufriente puede ayudar".

La escritora espiritual, Jan Richardson, lo expresa muy bien:

Fuerzas de la naturaleza, Andrew Ostrovsky

Estar en el mundo y amarnos unos a otros -incluso desde nuestros lugares más intactos e integrados, y mucho menos desde los menos intactos- nos expone a herir, a dar y recibir dolor. Las heridas de Cristo son un ejemplo de ello. Subrayan la profundidad de su voluntad de entrar en nuestro amor con todo su dolor, esperanza y capacidad de salir terriblemente mal. Al llevar sus heridas -incluso en su resurrección- nos confronta con las nuestras y nos llama a pasar a través de ellas a una vida nueva. Cristo no nos invita a buscar nuestras heridas, porque eso ya se verá fácilmente viviendo humanamente en el mundo, sino más bien a permitir que nuestras heridas nos unan para sanar dentro y fuera del cuerpo de Cristo, y para poner fin a las crucifixiones diarias que se producen a través de todas las formas de violencia. El Cristo crucificado nos desafía a discernir cómo nuestras heridas nos servirán de puertas que nos conduzcan a través de nuestro propio dolor y hacia una relación más profunda con el mundo herido y con el Cristo que se ocupa de la resurrección, para quien las heridas no tienen la última palabra.



Jesús repetirá las palabras "La paz esté con vosotros" por tercera vez en este breve pasaje de Juan. Uno de los Doce, Tomás, no estuvo presente el día de Pascua con los demás discípulos. Conocemos a Tomás por pasajes anteriores de los Evangelios: se le nombra siempre que se menciona a los Doce. Tomás es el único de los discípulos que dice que acompañará a Jesús a Betania, donde ha muerto Lázaro, a pesar de que todos saben que es un alto riesgo para ellos: "Tomás, llamado el Mellizo, dijo a sus condiscípulos: 'Vayamos también nosotros, para que muramos con él'" (Jn 11,14-16). Tomás es también el discípulo que, en la Última Cena, desafió a Jesús con estas palabras: "Señor, no sabemos adónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino?". (Jn 14,4-5). Fue un fiel y valiente seguidor de Jesús y, sin duda, la muerte de su amado Maestro le destrozó el corazón.

No es de extrañar que Tomás no pudiera aceptar sin rechistar el relato de los otros seguidores que, a pesar de haber visto las heridas de Jesús y de haber hablado con él, seguían en el Cenáculo ocho días después, sin la confianza suficiente para marcharse. Es un ejemplo de



lo que dice Rainiero María Rilke en sus Cartas a un joven poeta: "Trata de amar las preguntas mismas como si fueran habitaciones cerradas o libros escritos en una lengua muy extraña. No busques las respuestas, que no podrían dártelas ahora, porque no serías capaz de vivir con ellas. De lo que se trata es de vivirlo todo. Vive las preguntas ahora". Nombrar a este fiel, el "Tomás el Dudoso", es hacerle un gran flaco favor. En palabras de Jan Richardson, "Cuando Tomás tiende la mano hacia Cristo, cuando pone la mano en la herida que Cristo todavía lleva, no está simplemente buscando una prueba concreta de la resurrección. Está entrando en el misterio mismo de Cristo, cruzando a un mundo nuevo que incluso ahora apenas puede ver, pero hacia el que se atreve a avanzar con la valentía que ha demostrado anteriormente."

Tomás es cada uno de nosotros, seguidores de Cristo, que no vimos personalmente a Jesús inmediatamente después de su resurrección. Así lo afirma el escritor del Evangelio al final de la narración de hoy cuando señala: "Estas cosas se han escrito para que lleguéis a creer que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios" (Jn 20,31). Para Tomás, la fe llega el domingo siguiente, cuando escucha las palabras del Resucitado dirigiéndose a él personalmente. Para los que vienen después, la fe viene de escuchar la Palabra de Dios, de oír hablar al Resucitado a través de sus mensajeros apostólicos, humanos y no humanos (no olvidemos que el próximo sábado es el Día de la Tierra, en el que damos gracias a nuestro Dios por los cielos y el firmamento que proclaman la obra de Dios - véase el Salmo 19).

En su poema "Santo Tomás Apóstol", el teólogo británico, Malcolm Guite, habla del Tomás que es el seguidor fiel, no el dudoso (obsérvense especialmente los dos últimos versos):

"No sabemos . . . ¿cómo podemos saber el camino?"

Valiente maestro de la pregunta incómoda,
Dijiste las palabras
decir

Y cortaste su evasión y abstracción.

Oh Tomás el que duda, padre de mi fe,
pusiste el dedo en la llaga:

No podemos amar a un espectro incorpóreo,
sino que la carne y la sangre deben ser
nuestro rey de reyes.

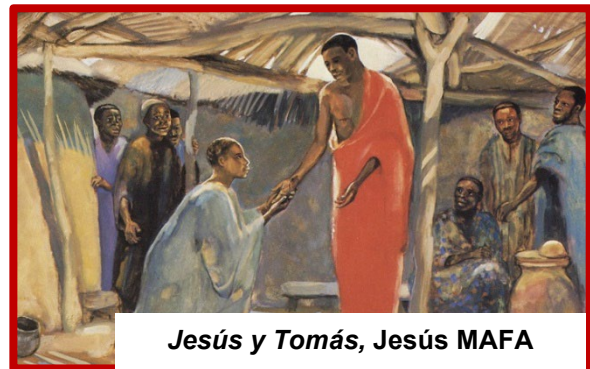
Tu enseñanza es tocar, abrazar, ungir,
Sentirlo y encontrarlo en la carne.

Porque él amó tu torpe contrapunto,
La Palabra ha escuchado y te ha concedido
tu deseo.

Pon mis manos con las tuyas, ayúdame a adivinar

Al Dios herido cuyas heridas curan las mías.

que los otros no se atrevían a



Jesús y Tomás, Jesús MAFA

Los miembros de la primera comunidad que siguen el camino iniciado por Tomás y los demás discípulos en el Cenáculo y que se convierten en los portadores de la tradición que llega hasta nuestros días se describen en nuestra lectura de los Hechos de los Apóstoles: "Se dedicaban a la enseñanza de los apóstoles y a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones. . . Todos los creyentes estaban juntos y tenían todas las cosas en común; vendían sus posesiones y bienes y repartían el producto entre todos, según la necesidad de cada uno. Cada día, como pasaban mucho tiempo juntos en el templo, partían el pan en casa y comían



con alegría y generosidad" (Hch 1,42.22.46). Dennis Hamm sj da más detalles a esta descripción: "La 'enseñanza' apostólica incluiría, sin duda, los dichos de Jesús y las interpretaciones de su vida por medio de textos de las Escrituras hebreas. La 'vida comunitaria' incluye el generoso reparto de bienes que se menciona más adelante en esta descripción. La 'fracción del pan' parece ser, como en el relato de Emaús en el Evangelio de Lucas (Lucas 24), la celebración de la Cena del Señor".

El teólogo y pastor presbiteriano Thom

Shuman describe lo que significa para nosotros ser hoy esa comunidad cristiana:

Cuando nos ciega la ira, derramas tu amor para que todos lo vean;
Cuando nos preguntamos qué nos deparará el mañana, nos llamas a confiar en ti;
cuando la tristeza llena nuestras vidas, siembras alegría en nuestros corazones.
Dios de Pascua: tócanos con tu gracia.

Nos muestras tus manos, para que tendamos la mano a los que están rotos;
nos muestras tus pies, para que caminemos con los que el mundo pasa de largo;
nos muestras tu rostro, para que sepamos cómo son nuestros hermanos y hermanas.
Cristo resucitado: tócanos con tu compasión.

Tú abres nuestros ojos, para que podamos ver el amor de Dios;
Tú abres nuestras mentes, para que podamos acoger la Palabra de Dios;
Tú abres nuestros labios, para que seamos testigos de Dios.
Espíritu de Esperanza: tócanos con tu paz.
Dios en Comunidad, Santo en Uno, ábrenos a tu presencia.



En este momento de tu vida, ¿qué línea concreta de este poema-oración tiene un significado especial para ti? Que cada uno de nosotros responda contemplativamente a esa pregunta mientras recordamos el poema del Padre Philip Chircop de la reflexión del domingo pasado:

Invitados, curiosos como un niño pequeño,
ponemos nuestras manos temblorosas no sólo en tus heridas
sino también en las nuestras, y en las hermosas heridas de los demás,
inhalando, perdón; exhalando, perdón
las heridas se convierten en el lugar sagrado de la compasión mutua,
y el trampolín para un canto íntimo de comunión y posibilidad
elaborado en el corazón: "Señor nuestro y Dios nuestro".